

Fecha 13.12.2009	Sección Opinión	Página 2
---------------------	--------------------	-------------



El triunfo de los tramposos

El sainete de *Juanito* es escandalosamente indecente. Su autor y primerísimo responsable es Andrés Manuel López Obrador, quien justifica sus acciones a partir de una premisa que ha alcanzado la categoría de un auténtico mito fundacional: el fraude. Ese engaño gigantesco explica, ahora, que se consume cualquier marranada en respuesta al agravio

Nos queda a todos muy claro que López Obrador hablaba muy en serio cuando avisó de que iba a mandar al diablo las instituciones. Porque, miren ustedes, ejerciendo simplemente de "presidente legítimo" ya logró colocar a una de sus incondicionales en un cargo que le había sido impedido por los tribunales electorales. No es poca cosa. Imaginemos sus colosales poderes si se encontrara, en estos momentos, augustamente apoltronado en la silla del Presidente Constitucional de Estados Unidos (Mexicanos): disfrutaríamos de una presidencia a la antigua usanza encabezada por un tipo que conoce, de primera mano, las eficaces recetas y modos de empleo del Partido Revolucionario Institucional. Casi todo lo que ocurre en el país en estos momentos —no lo olviden, lectores— tiene que ver con la inextinguible familia revolucionaria. Lo que han cambiado son los disfraces, nada más.

En fin, a mí lo que me alucina de este señor son su seguidores, que no hay que olvidar que los tiene, tan dispuestos no sólo a aplaudir sus puestas en escena sino a secundarlo en sus groseras intenciones. Y es que para hacer lo que hizo se necesitan socios,

compañeros de ruta, cómplices y colaboradores. De tal manera, esto, lo de que se haya finalmente salido con la suya, viene siendo una prueba irrefutable de que no todos vemos las cosas de la misma manera en este país: existe un México, señoras y señores, perfectamente capaz de acomodarse a las situaciones más esperpénticas.

Naturalmente, las sociedades suelen estar divididas en bandos vagamente irreconciliables, pero en las democracias avanzadas las reglas del juego siempre están muy claras para todos: se respeta, por principio, la legalidad. Es cierto que el sainete de *Juanito* no es fundamentalmente antirreglamentario. Pero, con perdón, es escandalosamente indecente. Su autor y primerísimo responsable es el antiguo candidato presidencial y, justamente, el hombre justifica sus acciones a partir de una premisa que, repetida machaconamente desde el mismísimo día en que perdió las elecciones, ha alcanzado la categoría de un auténtico mito fundacional: el fraude. Esa trampa gigantesca que hubiera perpetrado un sistema aderezado para servir los intereses de los "ricos y los poderosos" explica, ahora, que se consume cualquier marranada en respuesta al agravio.

Es decir, ocurrió un descomunal despojo y a los ofendidos no les queda otro camino, a manera de insubordinación, que la estafa.

La mejor manera de arremeter contra el adversario sin mayores problemas de conciencia, y sin cumplir trámite alguno, es rebajarlo a una condición despreciable. Y así, el caudillo de Macuspana nunca le otorgará la más mínima legitimidad al actual régimen porque él mismo desea, en todo momento, moverse en las sombras de la infracción. Su negocio es la deslealtad por principio y la mentira como estrategia, pero para ello requiere de un enemigo que no merezca respeto ni consideración. Calderón debe ser obligadamente un "pelele" y, a la vez, todo el entramado legal que lo sostiene debe también ser puesto en tela de juicio. La empresa, sin embargo, es digna y elevada porque detrás —de la misma manera como las hogueras de la Inquisición las patrocinaba el propio Altísimo— está el "pueblo bueno".

El episodio de Iztapalapa ha sido, con todo, muy aleccionador: ya sabemos de lo que es capaz esta gente y estamos muy enterados de sus usos y costumbres. Eso sí, por favor, que alguien les prohíba seguir diciendo que son de "izquierda", porque la nación



mexicana, creo yo, no ha caído todavía tan bajo como para corromper de tal manera los conceptos y las palabras.

Nos queda, por lo pronto, un país que busca, a pesar de todo, mayor solidez institucional, mayores oportunidades de participación democrática y mayores posibilidades de expresión dentro de los espacios que marcan las leyes. Los tramposos, en este sentido, son irremediamente anacrónicos más allá de que representen, encima, una amenaza para el orden establecido. Han

tal vez ganado un round de su sucia pelea, pero la factura final les saldrá muy cara. ■■■■

revueltas@me.com

El caso de Iztapalapa ha sido muy aleccionador: ya sabemos de lo que es capaz esta gente... Eso sí, que

alguien les prohíba seguir diciendo que son de "izquierda", porque la nación no ha caído tan bajo como para corromper de tal manera los conceptos

